

Los Caros en Colombia

Es el título del libro arreglado con arte y discreción, y anotado con copia de atildamiento, por doña Margarita Holguín y Caro.

Fúndase la obra en un archivo de familia, y se encamina amorosamente, en el fondo, a estimular en el inflexible cumplimiento del deber, por medio de modelos familiares muy bien escogidos, a las nuevas generaciones de los Caros.

Para los miembros de esta familia, y para los venideros, no es *un libro* sino *el libro confidencial*. A mí me ha enseñado muchas cosas impregnadas de encanto irresistible, que acaso de otro modo no hubiera conocido jamás. A pesar de la modesta intención de la autora, que la indujo a no dejar imprimir sino un número muy reducido de ejemplares, me inclino a creer que muchos lectores se interesarán por el mérito de este trabajo, noble en el propósito, elegante en la forma, exacto en el contenido.

El observarse espontáneamente a sí mismos y entre sí los individuos en el seno de sus familias como en un escenario natural; el explicarse los unos los rasgos fundamentales, y separadamente los accesorios, que dibujan la forma y fijan el color de los caracteres de los otros; el verse algunos, como en un espejo, en las opiniones que otros expresan respecto de ellos; todas estas cosas son grandes placeres, que adoctrinan la vida, si se saben producir y disfrutar dentro de un ambiente señoreado por la propia estimación y el amor a los demás. Cuando tales esparcimientos pasan de unas generaciones a otras confiados a la correspondencia o a los *Diarios* van revistiéndose con el tiempo de exquisita poesía; y si las observaciones consabidas se extienden a muchas

y muy calificadas personas, los caracteres que emanan de varias familias, así como el impulso común que los agita en la persecución de la felicidad, forman cuadros sociales de incomparable hermosura; de esos, que multiplicados, hacen la corriente majestuosa que desemboca en el drama vibrante de nuestra historia nacional. Cuadros de este linaje nos pinta, con vivo colorido, doña Margarita Holguín y Caro.

En el combate del bien y el mal no siempre corona el éxito los esfuerzos de los espíritus más preciosos, sino más bien suele verse determinado el dolor de una familia por las mismas causas que embellecen el libro de Job o la Antígona de Sófocles, es a saber, por la ruina económica, política y aún a las veces biológica, de quienes jugaron con más heroica nobleza su corazón y usaron con más decoro que prudencia de su libertad.

De tales caracteres golpeados en el yunque del dolor, y de las enseñanzas consiguientes, están formados los modelos del libro en que me ocupo. Desfilan por sus páginas, como por los corredores de un viejo caserón, las sombras venerandas de muchos seres capaces de llevar tan noble como confiadamente el compás de la marcha que los conduce al sacrificio.

Pasa la sombra de don Francisco Javier, desvelado cumplidor de sus deberes, riéndose irónicamente de su dolor, y conservando sus festivas pero en el fondo melancólicas *Memorias*, para escarmiento de sus hijos.

La de don Antonio José, “perdida la vista material y abiertos al infinito los ojos de la fe”, como dijo el filósofo bogotano.

La de don Rafael, en el trance de ser fusilado por Córdoba si no lo salva don José Manuel Restrepo.

La de don José Eusebio, “un hombre, uno de aquellos que honran y embellecen la especie humana”, pasa diciendo entre los renglones de “*Souvenirs de jeunesse et de famille*”:

*¿Mas yo feliz? ¿Feliz? ¿Feliz un Caro?
Hay una maldición contra mi raza
que en su anatema a todos nos abraza
y escribe en nuestras frentes Infeliz.*

Pasó la del capitán don Diego Caro “el hijo más querido y más llorado” de su viuda madre, en el momento del combate en que murió defendiendo la causa de “la legitimidad”.

De la sombra romana del cantor de la patria y de Bolívar brota una oración estoica: “Sean mis hijos mi corona, y quedaré con usura indemnizado de los sinsabores que me causan los ingratos y traidores”.

Hasta la sombra de don Hernando Holguín y Caro, que nació y vivió en circunstancias extrínsecas privilegiadas, y que sin embargo mereció más por él mismo que por ellas, pasa diciéndole al padre de su novia: “Hubo un solo instante en que tuve que apartar de ella el pensamiento y el corazón, haciendo eso sí el sacrificio más grande que he hecho en mi vida. Pero fue que Dios permitió que yo viera con toda claridad la situación de papá, y entonces resolví ofrecerle todo lo que tenía, todo lo que tenía en la tierra”.

No es el tercer par del *miserere* sino el octavo el que fecundó las entrañas de aquellos varones bajo el magisterio del dolor. Porque admitieron ellos que se puede alcanzar con humildad cristiana la meta que no puede ganarse con la soberbia filosófica, y advirtiéndole que solamente el auxilio de la revelación sobrenatural puede llevarnos más allá de cuanto alcanza la razón, revaluaron el aparente imperio de una injusticia ciega con el almo principio: este mundo no es el centro de las almas sino el de las apariencias cambiantes y la muerte.

¡Principio almo, que armonizas la razón con la fe; asgado hilo que unes no solamente las sombras de los Caros, sino todas las de los “ánimos excelsos e invictos” producidos por la nación de Carlos V que a estas tierras de América te trajo! ¡Gloria a la “nación única” en que reinas, que así sobrepujo con su Quijote el *humour* inglés como la ironía ateniense, y que sedujo y embelleció el águila que anidaba en la tumba napoleónica, con el inerme señuelo romántico, noblemente caballeresco y reciamente digno, de la inmortal Eugenia! ¡Yo también te confieso! ¡Yo también te confieso, y confieso tu nación, madre de la mía! ¡Yo también quiero padecer y llorar contigo, diciendo en el coro del caserón de los míos,

*Ecce enim veritatem dilexisti:
incerta et occulta sapientiae tuae manifestasti mihi!*

Porque me revelaste los arcanos de la justicia y de la lengua.

I dice Dios en el Calvario su amor, con su palabra que es Cristo.

I suena el coro:

Dice el cielo el tiempo, con “los oros de la noche” y “la pupila del día”; el mar la inmensidad, con el ruido de las olas; el continente las mudanzas de la vida, con los cadáveres silenciarios de las faunas; el león la fiereza, con el rugido; la oveja la mansedumbre con el balido; la paloma el amor con el arrullo...

I canta el hombre su solo con su lengua.

I dice el amor de la paloma, la mansedumbre de la oveja, la fiereza del león, las edades y las figuras de la tierra, la inmensidad del mar, las armonías recónditas del cielo; la tragedia sublime del Calvario...

¡Sea pues la lengua del hombre su amor!

Cuenta Schnitzler, profesor, en su texto de alemán, que Carlos V hablaba familiarmente varios idiomas, y le atribuye este gracejo, que traduzco con alguna libertad para ajustarlo mejor a su propio espíritu: “En español se habla con Dios, en italiano con los novios, en francés con los amigos, en alemán con los soldados, en inglés con los gansos, en húngaro con los caballos y en bohemio con el diablo”; de que se sigue que cada nación usa su lengua para expresar su nota sobresaliente, y que la española se sirve principalmente de la suya como de vínculo que la une con Dios, centro común de la realidad eterna y de las apariencias temporales.

Por eso su acento es grave y solemne, y su siglo dorado, el del honor cuya fuente es Dios. En lo material, ordenanse sus períodos en estratos. En las capas más profundas yace el latín post-clásico. Las palabras de las capas que siguen van cambiando de “vestido”, como un gran filólogo llamó a la ortografía; y cada una de las declinables va desenvolviéndose con mayor desenfado al golpe de las modulaciones de los peninsulares. Todas giran despojándose de la conci-



sión romana y adquiriendo más castiza soltura. El número y la cadencia del antiguo período ciceroniano, y las formas refinadas de la métrica clásica, huyen del nuevo tinglado. La musicalidad que expresaba estados de alma clara y distintamente romanos, pasa y muere, así como pasan y mueren la índole y los caprichos de la lengua que los modulaba, ahogándose en el mar tenebroso de la baja latinidad. En los estratos que nos cuentan la última parte de la historia de este mar, vemos palabras antiguas convirtiéndose en nuevas; flexiones más amplias; hallamos nuevos seres con nuevos vestidos; giros de mayor fluidez, y armonías desconocidas. En las capas altas se crea la musicalidad genuinamente española. La nueva conciencia supera a *El Fuero Juzgo* y al *Alejandro* con el poema del Cid, y aparece la lengua.

Hace más de ocho siglos que nació la antedicha primera forma calificadamente literaria, y desde entonces ha venido continuándose sin cesar el proceso histórico con el desarrollo, reproducción y muerte de muchas gramáticas y de elementos gramaticales. Millares de estos se han fosilizado como para marcar la edad del estrato en que vivieron al explorador que los visite, y raras son las voces como *omnibus* (de paso por Norteamérica nos está llegando convertida en *bus*), y las formas como *in flagranti*, que han llegado milagrosamente intactas hasta nosotros desde Roma. Con haber existido Cervantes hace apenas cuatro siglos, el número y la cadencia de sus períodos muy dulces para nuestros oídos, hacen brotar la sonrisa del lector culto que los ve reproducidos por noveles y desalumbrados escritores.

Como sea la lengua la música que en un ambiente dado expresa los estados del alma nacional, su evolución histórica material es producida por el desmoronamiento de la conciencia pagana cuyos filósofos, legisladores, geómetras, historiadores y poetas, fueron cayendo en el precitado tenebroso mar donde crecía la civilización cristiana, que asimilándose los vio morir superados por la conciencia católica que, desde entonces, construye la civilización de España y sus hijas.

Los progresos de la técnica en los ramos de la electricidad oscilatoria, en la aviación, en la ingeniería satánica de

la guerra, y en otros, puestos al servicio de la lucha entre las democracias y el totalitarismo, parecen conducir al predominio de nuevas formas constitucionales llamadas a superar las actuales. Así, en no lejano día veremos las formas temporales de nuestra lengua sometidas a una vertiginosa superación. Dios quiera que la constancia romana y la pasión española vengan en auxilio del amor a la lengua, y que la madre peninsular y sus hijas americanas no se separen nunca en lo de hacer una civilización común!

El amor al estudio hogareño de la lengua y de su desarrollo histórico, encendido en la caridad que es la reina y señora de las demás virtudes y la mejor garantía de confraternidad nacional, es decir, el amor de la lengua entendido como fruto del amor a Dios, a la patria, al hogar y al honor, esa fue la pasión dominante de los antiguos Caros, expresada por ellos según sus caracteres respectivos, y la que desea estimular doña Margarita Holguín y Caro en su obra, que explicando con maestría la intimidad de los autores, ilustra las otras.

En la misma fuente se inspiró don Hernando Holguín y Caro en el principio de la nobleza política, que consiste en combatir apasionadamente las doctrinas de los bandos opuestos, y las malas o equivocadas obras de los hombres, sin dejarnos tocar los corazones por el odio personal.

Ni faltan en el libro en que me ocupó modelos de matronas cristianas, estrellas que brillan en el cielo de la católica luz. Cielo sin horizonte histórico temporal si no es el de los reducidos observatorios de los hogares y los templos, porque la tarea de la elaboración de la nacionalidad es privada y santa, y porque en ella, como en el cielo físico, brillan muchísimas estrellas.

Con todo, hay en el consabido libro un modelo de mujer superior que forma y hace parte mejor de aquél: el de doña Margarita Caro de Holguín, cuyas dotes, posición y virtudes la llevaron a un puesto de excepción.

El diario de juventud de esta gran señora, aunque inconcluso, es, a mi juicio, una joya de la literatura nacional. Es la intimidad de una alma de mujer suave, pura, serena, llena de delicadeza y de gracia, que a vista del amor que

llega, produce como un diamante aguas de luz. El estilo del alma joven que se vierte es sencillo; vivísimo el interés que despierta, y dulce y deliciosamente poética la huella que deja para siempre estampada en el alma.

La espontánea obra literaria de la señora Caro de Holguín, fruto del amor y la fe que inspiraron a los hombres de su casa, y de sus virtudes y talentos de matrona cristiana que tanto habrían de hacerla brillar como estrella de primera magnitud, me llevan a pensar que vate había de ser el padre que llamó Margarita, que quiere decir perla, a esta perla de la familia de los Caros.

A esta perla que derrama sus orientes en el centro de las almas; a las otras dos que los vierten en Santa María de los Angeles y Santa Ana; al escritor que con viveza horaciana y armonía castiza me precedió en el desarrollo del mismo tema; a Carlos y a Enrique Urdaneta, como a los más indulgentes de mis lectores, encamino cariñosamente estas líneas.

ERNESTO CARO PAZ

